

ABC

ESPAÑA - Restaurar una doble confianza

Es indudable que el problema de la deuda acumulada en estos últimos tiempos en España y que tiene su causa en un gasto público no siempre bien ponderado, constituye el problema número uno de nuestra actual situación económica que junto a una tasa insuficiente de crecimiento viene produciendo un descomunal nivel de desempleo que nos costará tiempo solventar. Todo ello ocasiona que las emisiones de nueva deuda y los préstamos internacionales a los que tiene que hacer frente nuestro país requieran altos tipos de interés que repercuten a su vez muy negativamente en la financiación de nuestra economía.

El Estado y las Comunidades Autónomas por su lado con enorme ligereza y falta de rigor en vez de dedicar el exceso de liquidez que existió hace unos años a verdaderas inversiones productivas, desaprovecharon esos años de bonanza malgastando los caudales públicos en subvenciones de dudosa rentabilidad, infraestructuras millonarias, muchas de ellas de escasa justificación y gastos corrientes administrados con excesiva ligereza. Y también algunas grandes empresas, y no tan grandes, presas del dinero fácil y el crédito abundante de aquel entonces, se embarcaron asimismo en aventuras de calibre arriesgado a través de elevadas operaciones apalancadas que ahora con el cambio de ciclo se encuentran seriamente comprometidas y en riesgo de ser absorbidas por otros gigantes del sector o los llamados tiburones del mercado que se dedican por lo común a trocear empresas y venderlas al mejor postor.

En este clima de euforia desenfrenada es explicable también que las familias y los particulares se vieran tentados de jugar al derroche y a la especulación sin calibrar bien los riesgos que asumían.

El resultado de este festival ya lo conocemos y ahora hay que pagar las consecuencias. El país en su conjunto debe mucho dinero y se lo debe como es lógico, a quien se lo ha prestado. Ahora al tener

que enfrentarnos a nuestros acreedores comprobamos que no están dispuestos a financiar nuestro déficit más que en unas condiciones y tipos de interés muy onerosos y por lo general de difícil cumplimiento.

Desde el exterior se nos exige, por un lado, medidas de ahorro y austeridad, pero por otro, señales de actividad y crecimiento que supongan garantías fiables de recuperación, de tal forma que seamos capaces en el futuro de devolver los dineros recibidos.

Ardua labor pues la que tiene encomendada el actual gobierno.

Se trata en definitiva de restaurar la confianza que en estos últimos años hemos perdido merced a la inexperta e imprudente labor de los gobiernos de la época. Tenemos pues de manera imperiosa que asegurar a nuestros acreedores que somos un país serio y fiable y que estamos en condiciones de honrar nuestros compromisos prometiendo austeridad y reformas estructurales que nos ayuden a encontrar una nueva senda de crecimiento.

Debemos recurrir, sin género de dudas, a una dieta drástica de adelgazamiento del aparato estatal y será imprescindible repensar una estructura de Estado que hemos podido soportar en épocas de bonanza pero que exige una seria y comprometida revisión, tema éste que a buen seguro respaldarían millones de electores.

Necesitamos pues ahorrar pero al mismo tiempo es preciso que volvamos a crecer y crear puestos de trabajo y para eso se requiere que vuelva a fluir el crédito y que se atienda muy particularmente a los emprendedores y a la pequeña y mediana empresa, los verdaderos generadores de puestos de trabajo.

Es imprescindible igualmente que consigamos un marco de relaciones laborales homologable al de los mejores países europeos. Deberemos sobre todo fomentar la innovación y la competitividad, las dos grandes palancas que han de asegurar nuestro crecimiento y desde luego será condición sine qua non volver a cultivar una ética de la decencia y el esfuerzo.

Los sacrificios que están soportando ya los ciudadanos exigen a su vez que el poder político recupere la credibilidad y la confianza hoy terriblemente dañada y deteriorada.

¿Con qué autoridad moral, nos podríamos preguntar, se puede exigir a los españoles unos duros programas de ajuste mientras se sigue contemplando, día tras día, tantos casos de corrupción, tanta inmoralidad y descontrol en el manejo de los caudales públicos?.

Se hace necesario no solo restaurar la confianza de los mercados sino antes bien recuperar la confianza en nuestros gobernantes y en su clase política en general para dignificar nuestras instituciones.

No se me diga que la justicia ya se ocupa de actuar contra los que de forma desaprensiva se valen de las estructuras del poder para realizar buena parte de sus fechorías. La corrupción encontrada en la conducta de algunas personas siendo lamentable, no es quizás lo más grave y relevante. Gentes sin vergüenza y sin honor, por desgracia, siempre los habrá y existen desgraciadamente en todos los países.

Sin embargo la corrupción más grave y peligrosa es la que podríamos llamar corrupción institucional.

Mi compañero en las tareas del Foro de la Sociedad Civil, el Profesor Gaspar Ariño, en un luminoso trabajo que daremos a conocer en poco tiempo ha abordado esta cuestión con franqueza y hondura. Dice Ariño a este respecto: “Tenemos la convicción, muy generalizada hoy en España, de que la vida pública se ha corrompido”. La crisis de la representación política es quizás una de las causas más palpables de esta situación. Y así continua el citado profesor: “Cuando la representación política se falsea, cuando esa nueva burocracia partidista ocupa el Estado y vive su vida – casi siempre buena vida – al margen de los problemas de la gente, la democracia se corrompe, en el peor sentido, porque se convierte en algo falso, en mentira. Se produce entonces un abismo entre ciudadanía y clase política y los ciudadanos, por lo general, se desentienden de la cosa pública a la que raramente acuden los mejores. Esa es la peor de las corrupciones”.

No saldremos pues airosos de la encrucijada en la que nos encontramos si desde el poder no se actúa con ejemplaridad. Para ello se necesita un liderazgo exigente y honesto, valiente y animador, que vuelva a ilusionar a los españoles que hoy se encuentran alicaídos y desesperanzados.

En otros momentos de nuestra historia cuando al pueblo español se le ha convocado debidamente ha sabido responder. ¿ Por qué no lo haría ahora. Sin la recuperación de la ética en la vida pública, sin la apelación a un esfuerzo justo y compartido, sin una verdadera regeneración de nuestra vida democrática, tantas veces prometida y siempre postergada, la tarea que tenemos por delante se hará insufrible y con un no deseable riesgo de enfrentamiento social.

Sin embargo, no es tiempo para el desánimo y la frustración pues aún existen en la sociedad española suficientes recursos para superar nuestras actuales dificultades. Venimos de una historia de éxitos en nuestro reciente pasado. Es tiempo pues para la esperanza pero no hay tiempo que perder. Pongámonos a ello.

Ignacio Camuñas Solís
Presidente del Foro de la Sociedad Civil